

fué á su cama. Ambrosio salió del cuarto y fué á la alcoba de su muger.

A la mañana siguiente preguntó, qué se había hecho del doctor: le dijeron que se había marchado al amanecer.

Seis meses estuvo sin volverlo á ver. Al cabo de este tiempo supo que había sido arrestado el doctor como sospechoso del envenenamiento de su muger y de su hija.

El criado del doctor que tenía su cuarto sobre el suyo, admirado de oírle pasear, acostarse y volverse á levantar en lugar de dormir, había bajado una noche y había visto á su amo de rodillas en medio del cuarto y le había oído pedir perdón á su muger y á su hija. Aquel criado era un hombre que le había proporcionado su suegro y que era muy fiel y amante de sus antiguos amos. Fué á contárselo todo al anciano á quien la muerte de su hija y de su nieta había dejado sin familia.

El anciano había tenido algunas sospechas; pero se disiparon por falta de pruebas: había cesado de ver á su yerno y nada más. Se iba muriendo solo como un árbol que se seca aislado, cuando la relación de su antiguo criado vino á despertar en él sus antiguas dudas. Preguntó al criado si podría hacerle ver y oír lo que él había visto y oído: el criado le contestó, que nada era más fácil, que le ocultaría en su cuarto, y que como todas las noches sucedía lo de la pasada, no tenía más que ir y escuchar, y vería y oíría lo que él había visto y oído.

Las cosas se hicieron como se dijo.

Convencido el anciano de la culpabilidad de su yerno por sus palabras y lamentos, aquella misma noche fué á casa del procurador del rey é hizo su delación. A la mañana siguiente fué arrestado el doctor M...

Apenas puesto en prisión confesó todo y contó la escena de Marsilly, diciendo al juez lo que ya había dicho á Ambrosio, que había llegado un momento en que se sentía con tal necesidad de hablar que impulsado por una fuerza superior lo había contado todo.

Ambrosio había sido entonces citado como testigo y había venido á Cosne á prestar sus declaraciones en el proceso.

Iba á ser interrogado á la mañana siguiente, cuando por la noche, como hemos dicho, el doctor se abrió la arteria crural.

Libre ya de la obligación que él mismo se había impuesto, podía contar lo que había pasado. Nosotros fuimos los primeros que oímos aquella declaración. Ambrosio hasta entonces no había dicho una palabra ni aun á su muger.

Adivinase bien que ya no se trató de caza á la mañana siguiente: además, Ambrosio se veía obligado á permanecer en Cosne para hacer su declaración.

En su consecuencia nos despedimos de él la misma noche, y salimos al amanecer para

la *Caridad* donde debíamos detenernos dos horas.

CURIOSIDADES CHINAS.

Hicimos detener nuestro carruaje en frente de la iglesia, que jamás se ha concluido y sin embargo es una ruina: después nos dirigimos á casa de Mr. Glenc, para quien yo traía carta de recomendación. Mr. Glenc es uno de esos buenos y amables sabios que con una santa paciencia emplean una parte de su vida en reunir una de esas colecciones particulares que honrarían al museo de una gran ciudad y que les gusta hacer los honores de él, enseñándolo á los importunos que llegan con alguna recomendación de un desconocido que no tiene derecho á hacerla, y que sin embargo el cortés arqueólogo atiende como si viniese de un amigo. No nos sucedía esto á nosotros, porque íbamos á ver á monsieur Glenc recomendados por Tailor. Así la primera cosa que hizo fué obligarnos á desayunarnos con él.

Después del desayuno como hacia una clara en el tiempo, que amenazaba estar lloviendo el resto del día, Mr. Glenc nos enseñó su ciudad tan célebre en el tiempo de los menestrales y de los Guisus y la Liga, á que debe su nombre de la *Caridad* que ejercitaban sus fundadores. De la edad media no quedan más que un castillo ruinoso y su iglesia. Hemos visitado todo esto en media hora, cuando Mr. Glenc á quien importunábamos con preguntas con la obstinación del curioso que comienza un viaje, recordó un bajo relieve que había visto hacía unos seis meses antes en una casa particular. Reclamamos á grandes gritos ver aquel bajo relieve, con tal urgencia, que Mr. Glenc se dirigió inmediatamente, seguido de nosotros, á la casa que encerraba aquel tesoro del siglo XII, y llamó á la puerta.

Aquella casa era un miserable edificio, casi arruinado, y que parecía datar de la época del bajo relieve. Subimos por una escalera oscura y de caracol á una especie de arco romano formando alcoba, donde había una mala cama, y vimos el objeto que veníamos buscando.

Era efectivamente un hermoso bajo relieve del siglo XII, representando con toda su sencilla dureza el arte de aquella época. Dios Padre en medio de sus santos. Los personajes, protegidos por el sitio en que se hallaban, se encontraban bien conservados, excepto

la figura principal, cuya cabeza estaba rota. Mr. Glenc creyó recordar entonces que cuando había visto la última vez aquella escultura no estaba en la deplorable mutilación que lamentábamos.

En efecto, era fácil conocer que el cuello había sido recientemente desprendido. En su consecuencia preguntó al amo de la casa, de donde provenía que el bajo relieve, cuya conservación tanto le había recomendado, lo encontraba tan echado á perder.

El buen hombre nos contó entonces, con un tono lastimero, la causa de aquel accidente.

El último regimiento que había pasado por la *Caridad-sobre-Loira* mudando de guarnición, como de tiempo en tiempo acostumbran á hacerlo los regimientos en Francia, era un regimiento de coraceros. Como todavía hay la costumbre en las capitales y ciudades de provincia de alojar los soldados en casa de los habitantes, el que hablamos había tenido, sin duda por recomendación, por alojado á un sargento. Para obsequiar á su huésped el buen hombre le había cedido su mejor cama, que era la que estaba junto al bajo relieve, yéndose él á acostar á un rincón de su zahurda. Pero aunque aquel lecho fuese magistral, ó tal vez por esta misma causa, todas las grietas eran muy buscadas por las chinches que por millares habían establecido allí su domicilio. De modo que el pobre sargento, apenas apagó la luz, se sintió acometido por enemigos con los que había tenido que habérselas frecuentemente en sus peregrinaciones para no conocerlos al primer golpe. Sin embargo, habituado á las visitas de semejantes huéspedes, cuyas mordeduras no le despertaban cuando no llegaban á cierto número, eran esta vez tantas, y con tal fuerza hostigaban al pobre diablo, que pasó la noche en volver y revolverse sin poder dormir un minuto, y cuando oyó el toque de trompeta que le anunció era tiempo de levantarse no había aun podido cerrar los ojos.

Como es fácil pensar, el sargento saltó de la cama de muy mal humor, y como comenzaba á amanecer, quiso al menos no marcharse sin vengarse; así, pues, comenzó una cacertía en toda regla, y persiguiendo á las fugitivas descubrió el bajo relieve en medio del cual se destacaba la cabeza de Dios Padre entre nubes. Entonces se le ocurrió sería mejor pegar con la causa primera de aquella plaga, y cogiendo su sable con las dos manos.

—¡Ah buen Dios! exclamó, ¿eres tú el que mandaste á Noé que pusiese un par de chinches en el arca? ¡aguarda, aguarda!...

Y al decir estas palabras descargó tal sablazo que hizo saltar la divina cabeza al otro lado del cuarto. En cuanto á los santos y santas, como no tenía ningun resentimiento con ellos los dejó perfectamente tranquilos y se retiró sin tocarlos, satisfecho de la justicia de su ejecución.

Antes de este extraño accidente el bajo re-

lieve hubiera podido pasar por el más completo que había en Francia de aquella época.

Como habíamos visto todo lo que teníamos que ver en la *Caridad*, nos volvimos á casa de Mr. Glenc perseguidos por las primeras gotas de la lluvia que nos había amenazado desde por la mañana. Era un tiempo á propósito para visitar gabinetes de curiosidades. Subimos, pues, inmediatamente al museo de Mr. Glenc.

Me esperaba, lo confieso, ver una de esas pobres colecciones de provincia con tres ó cuatro pescados disecados en el techo: pero me encontré agradablemente sorprendido al encontrar en la primera sala magníficos vasos de Bernard de Palissy, y una completa colección de ricos minerales del monte Sinai, que probablemente no existen en el Museo nacional. Desgraciadamente yo era bastante ignorante en mineralogía para apreciar aquellos objetos en su valor; así me fui derecho á una multitud de objetos de la edad media, y sobre todo á las llaves y cerraduras trabajadas con un gusto y una delicadeza que hubieran honrado á Benvenuto Cellini. Recorrimos sucesivamente cuatro ó cinco salas llenas de cosas curiosas, cuya mayor parte habían sido traídas á Mr. Glenc por un amigo suyo, capitán de navío, que había, no sé cuantas veces, dado la vuelta al mundo, y que hacía quince días ó tres semanas que acababa de llegar de la China, trayendo un singular ejemplar, no del talento, sino de la paciencia de los adoradores del Gran Dragon.

Entre los diferentes pantalones que el capitán había mandado hacerse antes de dejar á Paris, había uno que podía pasar por una obra maestra: era una de esas maravillas que salen alguna vez de los talleres de Humann ó de Vaudeau, que encajan perfectamente en el cuerpo, se adaptan á la pantorrilla, borran la rodilla y disimulan el vientre. Así, gracias á la predilección de su dueño, después de haber lucido en los mejores días á bordo, en el cabo de Buena-Esperanza y en la isla de Borbon, el pobre pantalón había llegado á Canton casi desgastado. Gracias á su corte elegante y al cuidado que con él se había tenido todavía hacia buena figura, cuando el marinero que servía de asistente al capitán dejó caer en medio del muslo del pobre pantalón la mitad del aceite contenido en una lámpara que estaba limpiando.

Por filósofo que fuese el capitán, el golpe era tan fuerte que aun no se había repuesto bien de él, cuando uno de sus camaradas que habitaba en Canton vino, como de costumbre, á fumar con él su pipa de opio. Le encontró tan incomodado que temió le hubiese sucedido alguna desgracia; así es que se informó con interés de la causa que había alterado su buen humor habitual. Entonces el capitán, enseñándole el malhadado pantalón que se hallaba inservible le dijo:

—Mira, es el mismo por el que me felicita-
bas ayer; ¡mira!

El amigo cogió el pantalon, lo volvió y re-
volvió mirándolo cuidadosamente: cuando se
convenció bien que no podía ponerse.

—¡Y bien! dijo, es preciso mandar hacer
otro.

—¡Otro! exclamó el capitán. ¿Y por quién
lo he de mandar hacer? ¿Por tus chinos?

—Sin duda, por mis chinos, replicó el ami-
go con imperturbable sangre fría.

—¿Para qué me hagan un saco del género
de los suyos? respondió el capitán levantando
los hombros y mostrando con el dedo las fi-
guras chinecas de un biombo.

—No te harán un saco; si les das el modelo
te harán un pantalon que el mismo Vaudeau
creará que es suyo.

—¡Be veras! exclamó el capitán.

—Como soy hombre de honor, respondió
el amigo.

—Recuerdo haberte oído hacer mil elogios
de su habilidad para la imitación.

—Pues bien, todo lo que te he dicho es la
realidad.

—Me das ganas de probarlo.

—Pruébalo, y tanto mas, cuanto que no te
costará caro. ¿Cuánto has pagado por este
pantalon?

—Cincuenta y cinco ó sesenta francos: no
me acuerdo ya.

—Pues bien, aquí por quince francos te lo
harán.

—Y ¿á qué sastre iremos?

—Al primero que encontremos; al mio, si
quieres: vive á la puerta.

El capitán cogió su pantalon bajo el brazo,
salio con su amigo y llegó á casa del sas-
tre.

—Ahora, dijo el amigo, explica tu negocio
y yo traduciré tus palabras.

El capitán enseñó su pantalon, hizo notar
el corte y terminó diciendo que queria uno
enteramente igual.

El amigo tradujo el encargo recomen-
dándolo.

—Está bien, dijo el sastre: dentro de tres
dias el señor tendrá lo que pide.

—Tres dias es mucho, dijo el capitán.

El amigo tradujo el deseo del capitán al
chino, que miró de nuevo el pantalon, meneó
la cabeza y respondió algunas palabras al in-
terprete.

—¡Y bien! preguntó el capitán.

—Dice que es mucho trabajo, y que tres
dias no son mucho para que la obra salga
bien hecha.

—Pues sea dentro de tres dias; pero que
no me falte á la palabra.

—¡Oh! no hay cuidado de eso; dentro de
tres dias hora por hora, estará en tu casa.

Los dos amigos salieron, recomendando la
exactitud al artista.

Tres dias despues, estando el capitán y su

amigo fumando su pipa de opio, el marínero
abrió la puerta y anunció al sastre.

—¡Gran Dios! exclamó el capitán, vamos á
ver si es tan diestro como exacto. ¿Y el pan-
talon?

—Aquí está, dijo el sastre.

—Probemos, dijo el capitán: y cogió el
pantalon de las manos del sastre, se lo puso,
y para asegurarse de que estaba bien, mandó
al marínero abrir las persianas: el marínero
obedeció.

—¡Y bien! te está perfectamente, dijo el
amigo.

—Ya lo creo, dijo el capitán, como que es
el mio el que me ha dado. Dadme el otro.

El amigo tradujo la peticion al sastre, el
que le dió el otro con aire triunfal. El capitán
cogió el pantalon.

—¡Ah! ¡qué loco soy! dijo el capitán, este
es el mio: ¿dónde está el nuevo?

El amigo espresó el deseo del capitán al
sastre, el que alargó el pantalon que su nuevo
parroquiano acababa de quitarse.

—Este es el nuevo, dijo el amigo.

—No, ¿no ves que este es el viejo? respon-
dió el capitán por señas, he aquí la mancha
de aceite.

—Tambien tiene una este que tienes puesto.

—Esta es una chanza pesada.

El amigo se volvió hácia el chino, le pre-
guntó, y al oír su respuesta soltó una car-
cajada.

—Y bien, dijo el capitán.

—Y bien, dijo el amigo. ¿Qué es lo que has
pedido á este buen hombre?

—Le pedí un pantalon.

—¿Igual al tuyo?

—Sí, igual al mio.

—Pues bien, lo ha hecho tan igual que no
puedes conocerlo: únicamente dice que como
la mancha le ha costado bastante trabajo po-
nerla en el mismo sitio, te pide cinco francos
mas, pues ha tenido que echar á perder dos
pantalones antes de obtener un resultado sa-
tisfactorio; pero tambien ahora te desafia á
que reconozcas el nuevo. Convendrás en que
es un segundo Vaudeau.

—A fe mia que sí, dijo el capitán: y sacó
de su bolsillo un napoleon que dió al chino.

El chino le dió las gracias y pidió al capi-
tán que fuese su parroquiano todo el tiempo
que estuviese en Canton, aunque, añadió, si
todos los dias le daba un trabajo tan compli-
cado no sacaría grandes ganancias.

Desde entonces el capitán no ha podido
distinguir el un pantalon del otro, tan iguales
eran los dos: lo habia traído á Francia como
un modelo de industria y habia prometido á
Mr. Glenc regalárselo.

Si le cumple su palabra no debe ser la
cosa menos interesante y curiosa de su colec-
cion. Hácia el medio dia nos separamos de
Mr. Glenc, y tres horas despues nos hallamos
en Nevers. No nos detuvimos allí mas que el

tiempo necesario para ver las tres mas gran-
des curiosidades de la ciudad: la puerta de
Croux, por la cual entró el pobre Gerardo de
Nevers, el convento de las visitandinas, don-
de está el sepulcro de Vert-vert, y San Esté-
ban, iglesia romana del siglo VIII al IX.

Hay una cuarta maravilla que nosotros
descubrimos y que bien vale la pena de con-
tarla: es un cuadrante solar pintado en medio
de la fachada del palacio de los duques, y
debajo del cual el pintor ha escrito simple-
mente los tres siguientes renglones:

«Este cuadrante ha sido hecho en Nevers
saliendo el sol en el signo de Capricornio por
órden de la Convencion nacional.»

En aquella noche llegamos á Moulins.

Algunas horas de la mañana nos bastaron
para visitar la ciudad, que no ofrece de notable
otra cosa mas que una magnífica Biblia del si-
glo XIII que se enseña en la biblioteca de la
ciudad, y el sepulcro de Enrique de Mont-
morency, que se halla en el coro de la igle-
sia de la colegiata: es el sarcófago de aquel
mismo Montmorency que fué decapitado en
Tolosa por órden del cardenal Richelieu.

Aquel sepulcro, sobre el que están acos-
tadas las estatuas del duque y la duquesa, y
que encierra sus corazones en una urna de
mármol negro, sostenida por dos amores fe-
nebres, corrió en la época de la revolucion el
peligro de ser hecho polvo por el pueblo: ha-
bia ya descargado algunos hachazos sobre él,
cuando una voz conservadora exclamó:

—¡Qué vais á hacer, ciudadanos! Montmo-
rency era un valiente revolucionario que fué
guillotinado por órden del tirano porque qui-
so oponerse á sus desmanes.

—¡Viva Montmorency! gritó el pueblo, y
fué respetado el sepulcro.

BOURBON L'ARCHAMBAULT.

A las dos de la tarde salimos para Sauvigi-
ni, cuya iglesia se nos habia ponderado mu-
cho. A las cuatro llegamos á la antigua aldea
y nos quedó justamente el tiempo necesario
para visitar aquel monumento. Es un magní-
fico edificio mitad del siglo XII, mitad del XV,
en que el gótico está sobrepuesto al romano
estilo. Dos soberbios sepulcros, el uno de 1430
y el otro de 1470, se levantan en las capillas
laterales y dejan ver el coro al través de un
encage de piedra, maravilloso recorte, so-
bre cuyos pliegues se ven todavia las huellas
de pinturas que en otro tiempo lo adornaban.
Uno de estos sepulcros es el de Carlos de

Borbon y de Maria Inés de Borgoña, hija de
Carlos el Temerario: yacen en el otro los es-
queletos del buen duque Luis II y de su espo-
sa. Las estatuas echadas sobre las lápidas de
mármol que los cubre, ofrecian aquel aspecto
de sencilla grandeza, indestructible sello de
la estatuaria de aquella época. Al extremo
opuesto de la iglesia, cerca de un bajo relieve
bizantino del siglo XI y XII, hay una escalera
gigantesca que conduce á un magnífico ór-
gano.

Examinábamos aquel monumento con ese
interés de arqueólogo que no pueden com-
prender los que no participan de él, y no son
arquitectos, permaneciendo completamente
indiferentes ante su vista, cuando dirigiendo-
se hácia nosotros el cura con esa fraternidad
cortés de las gentes de mundo, que no tienen
necesidad mas que de echar una ojeada para
reconocer su clase, habia adivinado desde
luego en nuestro exterior que éramos artis-
tas. Habia dudado algunos instantes sobre es-
to; empero al entrar en la iglesia habia en-
contrado á Jadin con un lápiz en la mano, y
habia fijado su opinion: venia á convidarnos á
tomar un bocado en su casa. La oferta habia
sido hecha con tan esquisitos modales y la
acompañó con instancias tan naturales á un
pobre parisiense desterrado, y con un tono
tan sincero, que aceptamos el convite y le
seguimos á su casa.

Entramos en un salon cuyos muebles es-
taban cubiertos con las obras de nuestros mo-
dernos autores y con albums adornados con
dibujos de los mejores pintores. Algunos re-
tratos de autores contemporáneos estaban
colgados en la pared. Reconoci el mio al lado
de Lamartine y Victor Hugo, y confieso que
ademas del honor de tan buena vecindad, me
lisongeó el hallar mi propia figura en la er-
mita que visitamos. Entonces fué cuando el
señor de Chambord, que era el nombre de
nuestro huésped, creyó reconocerme. No te-
niendo ningun motivo para guardar el incógn-
ito, porque no era principe ni bailarín, com-
fesé buenamente mi identidad. Diez minutos
despues nos hallábamos en un salon del barrio
de San German.

No conozco sensacion mas agradable en
provincia despues de haber estado largo tiem-
po encerrando en su corazon los recuerdos de
la vida parisiense, la felicidad de compañer-
ismo y la admiracion de artista, á falta de un
espíritu simpático que os comprende, si-
no tambien de la memoria que os recuerda
otros nombres que habiais olvidado, que,
el reconocer que habeis encontrado un hom-
bre en medio de aquella vegetacion que os
rodea: entonces el corazon se hincha de
alegría, todos vuestros recuerdos tratan de
salir de golpe de vuestros labios mezclados y
bulliciosos, como los pobres niños encerrados
en un colegio toda la semana á quien se les
abren el domingo las puertas de su encierro.

Entonces habláis sin ton ni son: decís nombres y nada más: citáis títulos de obras y no otra cosa: únicamente cuando os habeis asegurado de que sois criatura de la misma especie, percibiendo iguales sensaciones enfrente de los mismos objetos, reproduciendo estas sensaciones por palabras semejantes, formulando idénticas opiniones, poneis orden en la conversacion, concludis por hacer razonamientos.

Esto es lo que nos sucedió al cabo de diez minutos. El señor de Chambord conocia todos los autores modernos por sus obras, á ninguno por su persona: pasamos una hora en hacer comparaciones y semejanzas entre los hombres y sus producciones. Todas sus ilustraciones, y seguramente no se lo figuraban, fueron pasadas en revista á nuestro capricho, y cada uno á su vez, en aquel pequeño rincón de la tierra, fue calificado por nosotros. Los hubo á quienes pusimos un manto de púrpura en los hombros, y otros á quienes simplemente despedimos desnudos. Improvisado cónclave, jugamos con cetros y coronas. Designamos y elevamos emperadores, y tal vez los que nosotros elegimos serán consagrados un día.

Interrumpimos nuestra conversacion por el anuncio, tan agradable á los viageros, de que la comida estaba en la mesa: la de nuestro huésped habia sido improvisada con esa maravillosa facilidad de recursos que ofrece el campo. La primera entrada, preciso es confesarlo, cortó nuestra conversacion que luego tomó consistencia á la segunda, llegando á todo su desorden y vehemencia en los postres.

Entonces, sin perder el carácter artístico, tomó una tendencia religiosa. Mr. Chambord pertenece á la joven escuela católica: por consecuencia habia perfecta armonia en nuestras opiniones sociales. Lejos de lamentarse, como muchos hacen, de que la fé se apaga, de que la piedad se halla moribunda, reconocia en los espíritus una feliz disposicion á aproximarse á las ideas católicas, lo que le daba esperanza como sacerdote y artista: porque siempre los siglos de esperanza son los que han producido las grandes obras, y sobre todo las obras católicas. ¿Por qué esas iglesias del siglo quince son tan admirables? Porque en su conjunto y en sus detalles se hallaba la armonia del misterio que estaban llamadas á realizar. Las dos torres que se alzan á cada lado del frontispicio representaban los dos brazos que el cristiano en oracion levanta al cielo: esas doce capillas que están á derecha é izquierda eran en número igual al de los apóstoles: la cruz latina enlazada con las columnas que sostienen la bóveda era hecha á imágen y semejanza de la del Gólgota: el coro inclinado un poco á la derecha y no á la izquierda, recuerda á Cristo inclinada la cabeza sobre el hombro derecho al morir: en fin, tres ventanas iluminan el tabernáculo, porque

Dios es trino y toda luz viene de Dios: así el hombre por irreligioso que sea no puede penetrar en la catedral de Nuestra Señora y continuar allí la frivola conversacion de la calle. No, se descubre y habla bajo sin saber porque: es por que por todos sus sentidos á la vez habla y penetra hasta su corazón el gran sentimiento católico que ha presidido á la construccion de aquel edificio.

En esto estábamos de nuestra conversacion cuando un hombre entró y habló al oído de nuestro huésped que inmediatamente se levantó.

—Señores, nos dijo sonriendo, vamos á terminar esta conversacion en un lugar más inspirador: habeis visto mi iglesia de día, venid á verla de noche.

Inmediatamente le seguimos. Hacia una luna magnífica: el cielo miraba á la tierra con ojos de fuego. Una profunda tranquilidad habia bajado con la oscuridad, y ningún ruido perturbaba el sueño juvenil de la naturaleza.

Entramos en la iglesia: cerróse la puerta detrás de nosotros y creimos desde luego que nuestros ojos nada podian distinguir en las tinieblas: tan impregnados estaban de aquella dulce y pálida luz que acababa de inundarnos. Sin embargo, despues de haber dado algunos pasos percibimos que el coro estaba iluminado sin que viésemos, no obstante, las hachas que despedian su resplandor, sobre el que se destacaba el perfil negro del altar con su cruz, su tabernáculo y sus velas apagadas.

En cuanto á la parte opuesta, donde se hallaba la escalera y el bajo relieve bizantino, se hallaba completamente sumergida en la oscuridad, y se perdian las miradas en el templo antes de llegar á las paredes. De trecho en trecho, las grandes ventanas ojivales, al través de las que pasaban los rayos de la luna, se reflejaban resplandecientes sobre las losas grises con sus mosaicos de santos, con sus broches de oro y sus túnicas encarnadas y azules. Algunas veces una de estas reverberaciones daba sobre una columna, y entonces su base y su chapitel permanecian sombríos y solo se veia la parte iluminada. En aquel momento, en el extremo opuesto, que como ya he dicho, estaba sumergido en la sombra, apareció un hombre llevando un hacha y esparciendo un círculo de luz, rechazó la oscuridad á las profundidades de la catedral y comenzó á subir la inmensa escalera. A medida que subia las tinieblas volvian á conquistar su dominio y marchaban detrás de él como la muerte detrás de la vida. Bien pronto desapareció, dando una vuelta á la escalera, detrás de un pilar, y poco á poco la luz se apagó á lo largo de las piedras y todo volvió á quedar á oscuras.

De repente, en medio de aquel silencio y de aquella oscuridad, se levantó estremeada una gran voz: era la del órgano cuyos sonidos atropellándose los unos á los otros, como las





El Hombre de la máscara de Hierro, páj. 21.

olas de un mar armonioso, pasaron sobre nuestras cabezas y corriendo hasta las profundidades de la catedral, fueron á estrellarse contra sus muros. En aquel momento se hicieron oír voces humanas mezcladas de maravillosos acentos. El *Stabat Mater* de Pergolese se alzó dolorosamente hácia el cielo.

Ignoro el efecto que produjo sobre mis compañeros aquella escena profundamente religiosa; yo me retiré á la capilla del duque Luis II, que se hallaba en una completa oscuridad. Me apoyé sobre el monumento en donde, según el interesante uso de aquella época, se hacía de la tumba un segundo lecho nupcial, estando acostados juntos los esposos, y me dejé inundar de aquella penetrante armonía. Entonces comprendí los éxtasis, los arrobamientos, las visiones del claustro, y, como Joad me sentí dispuesto á profetizar una nueva Jerusalem.

Que los que no creen vayan á escuchar á media noche los gemidos del órgano y los suspiros dolorosos del *Stabat-Mater*.

Habianse apagado los unos y los otros y todavía escuchaba yo. Sin duda me buscaban hacia algún tiempo sin encontrarme, porque de pronto, en medio de aquel silencio oí pronunciar mi nombre. Me estremecí, no aguardando voz alguna humana que me llamase sobre la tierra. Abrí la boca para responder, pero no me atreví; me pareció que sería un sacrilegio hablar alto. Fui, pues, á reunirme silenciosamente con Jadin y Mr. Chambord, que encontré alumbrando con su hacha una escultura ojival representando una muger de formas casi griegas, luchando con una quimera y en su pintura simbólica descubrí al artista luchando con el capricho.

Los habitantes de Sauvigni, perdiendo de vista la fundación de su iglesia, ignorando cómo manos humanas podían haber hecho semejantes maravillas, atribuyen á las brujas la construcción de aquel monumento. Una pastora que se había dormido cerca de su rebaño se despertó al alba, la vió salir de en medio de las nieblas de la mañana con sus agudos campanarios, sus elevadas galerías y sus calados portales, en el lugar en donde la vispera todavía se levantaban árboles y corría una fuente. Llena de temor aquella pobre muger, permaneció inmóvil, y en su lugar se encontró una estatua de piedra que aun está de pie en el ángulo de una de las torres.

El 40 de julio de 1830, la duquesa de Angulema, volviendo de las aguas de Vichy, visitó el priorato de Sauvigni. Se hizo abrir la bóveda donde descansan sus antepasados, se arrodilló y oró largo tiempo delante del sepulcro. Al levantarse sus ojos se fijaron sobre el escudo de la casa de Borbon, del que se habían borrado las tres flores de lis y la palabra *esperanza*, que sirve de divisa al escudo de oro. Preguntó quién había hecho aquella mutilación, la respondieron que el pueblo.

—Que hubiese borrado las flores de lis lo

comprendo, dijo: pero la palabra *esperanza*, ¿dónde hallarla en lo sucesivo si se la hace desaparecer aun de los sepulcros?

Veinte días después, la nieta de San Luis volvía á marchar á su tercer destierro.

No sé á qué hora nos marchamos; solo sé que á los primeros rayos del día divisamos á un cuarto de legua de nosotros, coronando la cumbre de una montaña, las desmoronadas ruinas del antiguo castillo de Bourbon l'Archambault que dominan sus tres torres coloradas.

La casa donde fuimos á parar era justamente en la que murió madama de Montespan. Pertenece á un jóven que había emprendido una noble y delicada tarea que no debía terminar, á nuestro amigo Aquiles Allier, autor del *Antiguo Borbonesado*. Allí recogía en silencio los datos para su obra benedictina, lenta y concienzuda, que la muerte vino á interrumpir. El monumento que levantaba laboriosamente para el porvenir, ha quedado incompleto, y el cincel se le ha caído de las manos antes de que haya tenido la felicidad de grabar su nombre en la última piedra. ¡Pobre Aquiles! ¡cuánto pesar debió tener al morir!

Nos hizo ver el cuarto donde exhaló el último suspiro aquella favorita que había sido poderosa cual una reina. El aislamiento de su muerte formó contraste con su vida: ninguna voz amiga, ni aun la de un sacerdote, vino á ayudarla y fortificarla en aquel supremo momento, y aun antes de espirar había cerrado los ojos á fin de perder de vista aquellos rostros extraños é indiferentes que la rodeaban.

Dos horas después de haber exhalado el último suspiro, una silla de postas se paró delante de la casa mortuoria: un hombre bajó de ella precipitadamente, subió rápidamente las escaleras, se lanzó al cuarto y se arrojó sobre la cama. No creáis que era para verter lágrimas sobre el cadáver: era para recoger del cuello de la difunta, una llavecita colgada de una cinta negra: después, poseedor de aquella llave, abrió una cajita, se llevó los papeles que contenía y volvió á marcharse sin asistir á los funerales. Aquel hombre era su hijo.

Mad. Montespan había legado su corazón al convento de la Flecha, su cuerpo á la abadía de San German de los Prados, y sus entrañas al priorato de San Menoux, distante tres leguas únicamente de Bourbon l'Archambault. La Flecha y San German recibieron sus fúnebres legados, y para que la voluntad de la difunta se cumpliera en todo, se encargó un aldeano de llevar á la iglesia inmediata la parte de los restos mortales que le estaban destinados. Desgraciadamente se olvidaron de decirle la cosa que conducía. En medio del camino, habiéndole entrado ganas de saber que era lo que llevaba abrió el cofre, y creyendo que habían querido jugarle una burla, arrojó las entrañas